

— Hasta ahora no; tal vez con el tiempo se corregirán los muchachos que vayan creciendo; pero en cuanto á los hombres hechos, no hay remedio, han tomado esa maña, y no pueden dejarla. Y últimamente, qué vale eso? Algo peores eran las galanterías que te han hecho y te querían hacer nuestros queridos paisanos.

— Ya se ve: es verdad, si no hay otro mal...

— Ahora que ya te has convencido de eso, verás cómo te va bien. Vamos á ver el amo.

Efectivamente todo fué bien, y tan conforme con lo que Bartolo habia prometido, que nos parece inútil referir los pormenores. Y verdaderamente fué efecto de la Providencia, porque los ahorros que Lorenzo habia dejado en su casa, veremos muy presto cuán poco podia contar con ellos.

### CAPÍTULO XVIII

El mismo día 13 de Noviembre llegó una requisitoria del Capitan de justicia de Milan al podestá (corregidor) de Leco, para averiguar el paradero de cierto mozo llamado Lorenzo Tramallino, hilador de seda, que se escapó de la gente *prædicti egreigi domini capitanei*, que se cree haya vuelto *palam vel clam* á su país *ignotum*, siendo justamente *verum in territorio Lauci, quod si compertum fuerit, sic esse, trate el señor Podestá quanta maxima diligentia fieri poterit*, de prenderle, y bien atado, *videlicet* con esposas (1), constando por experiencia ser insuficientes las manillas para el indicado sujeto, de meterle en la cárcel, donde quedará bien guardado,

1. En la época á que se refiere esta historia y muchísimos años des pues, todos los despachos de justicia, escrituras, autos, diligencias, etc., se extendían en casi toda la Italia en latin macarrónico, del que presenta una muestra el autor, tanto para burlarse de semejante costumbre, como para manifestar los trámites judiciales que se seguían en casos de esta naturaleza.

para entregarle á la persona de justicia que se enviará por él, y tanto en el caso de hallarle como en el contrario, *accedatis ad domum prædicti Laurentii Tramallini, et facta debita diligentia, quidquid ad rem repertum fuerit, au feratis et informationes de illius prava qualitate, vita et complicibus sumatis* y de todo lo dicho y hecho, se encuentre, ó no se encuentre, *diligenter refferatis*. El señor Podestá, despues de



Llegó una requisitoria al podestá.

haberse cerciorado del mejor modo posible de que el individuo no se hallaba en el país, llamó al Cónsul (alcalde pedáneo) del pueblo, y conducido por él, y acompañado del tren de escribano y esbirros, pasó á casa de Lorenzo. Como estaba cerrada, y el que tenía las llaves no se encontraba ó no quería que se le encontrase, descerrajaron la puerta y se practicó la diligencia, esto es, se procedió como en una ciudad tomada por asalto. La fama de esta expedicion se extendió

inmediatamente por todo el país, y llegó á oídos del padre Cristóbal, el cual no ménos admirado que afligido, fué preguntando á unos y á otros, para averiguar la causa de tan inesperado suceso; pero no pudiendo adquirir sino conjeturas y noticias contradictorias, escribió al padre Buenaventura, esperando tener datos más positivos. Entre tanto, fueron citados los parientes y amigos de Lorenzo, para que declarasen lo que sabían de su *prava* conducta. Ya era una desgracia, una deshonra, un delito llamarse Tramallino, el país estaba alborotado, y por fin se vino á saber que Lorenzo se habia escapado de las manos de la justicia en el mismo Milan, y que habia desaparecido; se sospechaba que hubiese hecho alguna fechoría, pero nada se contaba de positivo, y si se contaba era de distinta manera.

Cuanto mayor se suponía la fechoría, tanto ménos se creía en el país, en donde Lorenzo tenía la opinion de un mozo honrado. La mayor parte de la gente presumía, y se decían unos á otros al oído que todo aquello era una tramoya de D. Rodrigo para perder al pobre mozo; y esto prueba que juzgando por inducciones, y sin conocimiento de los hechos, á veces se perjudica á los mismos malvados.

Pero nosotros con conocimiento de causa, como se suele decir, podemos asegurar que, si bien D. Rodrigo tuvo parte en la desgracia de Lorenzo, tuvo gran complacencia en oirla, y la celebró con sus secuaces, y especialmente con el conde Atilio, el cual, segun su proyecto, debia hallarse en Milan; pero con las primeras noticias de la trapisonda que andaba en aquella ciudad, y de la canalla que corria las calles con distinta idea de la de recibir palos, juzgó conveniente aguardar á que las cosas estuviesen más claras, tanto más, cuanto habiendo ofendido á mucha gente, tenia bastante motivo para temer que algunos de los que sólo por impotencia se estuvieron quietos, animados por las circunstancias, creyesen que aquél era el momento oportuno para vengarse todos. No fué de mucha duracion este retardo, porque la órden que vino de Milan contra Lorenzo indicaba claramente que las cosas

habian vuelto á su estado ordinario, y, con efecto, las noticias positivas que casi llegaron al mismo tiempo lo aseguraban. El conde Atilio dispuso inmediatamente su viaje, animando á su primo para que insistiese en la empresa, á fin de quedar airoso, y prometiéndole que por su parte se ocuparia en quitarle el estorbo del fraile, á quien no debia hacer buen estómago el favorable contratiempo de Lorenzo. Apénas partió el Conde, cuando llegó de Monza salvo y sano el *Canoso*, y dió razon á su amo de lo que habia podido averiguar, diciéndole que Lucía estaba recogida en tal convento, bajo la proteccion de tal señora; que allí se hallaba tan encastillada como si fuera monja ella misma, y que jamas ponía los piés en la calle, tanto, que asistia á las funciones de la iglesia por una rejilla, lo que desagradaba á muchos que habiendo oido hablar algo de sus aventuras y celebrar infinito su belleza, hubieran querido verle la cara.

Esta relacion metió el diablo en el cuerpo á D. Rodrigo, ó, por mejor decir, empeoró el que ya de suyo era muy perverso. Tantas circunstancias favorables á sus miras inflamaban cada vez más su pasion, que era un conjunto de tema, cólera y libertinaje. Como Lorenzo estaba ausente y proscrito, le parecia que era licito hacer cualquiera cosa contra él, y que su misma novia podia considerarse como objeto perteneciente á un rebelde.

El único hombre del mundo que podia sacar la cara por ella y hacer valer su justicia era el endiablado fraile, el cual se hallaria dentro de poco en la imposibilidad de hacer daño. Pero hé aquí que un nuevo obstáculo, no sólo contrabalanceaba todas estas ventajas, sino que las inutilizaba. Un convento de monjas en Monza, aunque no hubiese vivido en él una princesa, era un hueso demasiado duro para los dientes de D. Rodrigo, y por más que se devanase los sesos dando vueltas con la imaginacion á aquel retiro, no encontraba medio alguno de expugnarlo ni por la fuerza ni con estratagemas. En estas cavilaciones estuvo casi para abandonar la empresa, é ir á Milan, dando un rodeo por no pasar por

Monza, y en Milan entregarse á diversiones y placeres para disipar con pensamientos alegres el que ya comenzaba á fastidiarle. Pero ¿ y los amigos ? Esto de los amigos era cosa seria, porque, en vez de una distraccion, podia encontrar en su compañía una continua reconvencion que exasperase su dolor, pues era muy probable que ya el conde Atilio hubiese tocado la trompeta, poniéndolos á todos en la expectativa. En mil partes le hubieran preguntado por la serrana, y á todos era necesario darles cuenta del negocio. Enterados de sus deseos y de sus tentativas, querrian saber el éxito. El empeño, aunque poco noble, seria ya notorio. Los caprichos no son fáciles de vencer; el caso es satisfacerlos, ó quedar desairado. ¿ Y cómo estaba su honor escarnecido por un paleta y un fraile ? Dirian ademas que cuando una feliz casualidad habia quitado del medio al uno, y los buenos oficios de la amistad al otro sin trabajo del bobalicon enamorado, el tal bobalicon no habia sabido aprovecharse de esta coyuntura y levantaba el campo cobardemente. Con esto pensaba D. Rodrigo que no habria quien le mirase á la cara, ó que tendria que empuñar la espada á cada momento. Por otra parte, ¿ cómo volver á morar en su país, donde, prescindiendo de los punzantes recuerdos de la pasion, llevaria en la frente la mancha para él espantosa de haber sufrido un desaire, en un país en que se hubiera aumentado el odio público, y disminuido la opinion, y en donde en la cara de cada pillo se hubiera podido leer, aún entre los más humildes saludos, un bochornoso *Buen chasco te llevaste, me alegro ?* El camino de la iniquidad es ancho, pero esto no quiere decir que sea cómodo porque tiene sus grandes tropiezos y escabrosidades, y aunque sea cuesta abajo, no deja de ser en gran parte molesto y penoso.

Á D. Rodrigo, que no queria salir de él, ni retroceder, no detenerse, y que no podia ir adelante por sí solo, bien le ocurría un modo con que poder salirse con la suya, y era el de asociarse con cierta persona, cuyas manos llegaban á veces hasta donde no alcanzaban otras con la vista, y para

quien las dificultades de las empresas eran un vivo estímulo; pero tambien este partido tenia sus inconvenientes y peligros, tanto más graves, cuanto eran más difíciles de calcular de antemano, pues nadie podia prever se término, una vez embarcado con aquel hombre, que aunque poderoso auxiliar, no era guía ménos peligroso.

Con estos incómodos pensamientos, titubeando estuvo D. Rodrigo muchos dias, hasta que recibió una carta de su primo, el cualle participaba que la trama estaba bien urdida; y en efecto, poco despues del relámpago estalló el trueno, que equivale á decir, que una mañana se supo inesperadamente que el padre Cristóbal habia salido de su convento de Pescarénico. Este suceso tan pronto y favorable, y la carta del conde Atilio, que por una parte animaba á su primo, y por otra le amenazaba con la burla de sus amigos, inclinaron cada vez más el ánimo de D. Rodrigo al partido arriesgado, y lo que le dió el último impulso fué la noticia inesperada de que Ines habia vuelto á su casa, en lo cual veia un embarazo ménos con respecto á Lucia. Vamos á dar cuenta de estos dos inconvenientes, enpezando por el último.

Habíanse instalado apénas las dos cuitadas mujeres en su asilo, cuando se divulgó por Monza, y de consiguiente por el convento, la noticia del motin de Milan, y tras de la noticia en grande iban llegando muchos pormenores, que continuamente crecian y variaban. La demandadera, que vivia, digámoslo así, entre la calle y el convento, recibia las noticias de dentro y fuera, las recogia sin desperdiciar una, y se las comunicaba á sus huéspedes. Dos, seis, ocho, cuatro, siete ya estaban presos, van á ser ahorcados delante del horno *delle Grace*, otro en la calle en que vive el Director de provisiones: hay más; uno de Leco ó de aquellas inmediaciones se ha escapado; no sé su nombre; pero ya vendrá alguno que lo diga, y veremos si le conocéis.

Este anuncio, y la circunstancia de haber llegado Lorenzo justamente á Milan en el dia del alboroto, no dejaron de causar alguna inquietud á las dos mujeres; pero

cuál sería su consternacion cuando la demandadera vino á decirles :

— Es efectivamente de vuestro país el que tomó soleta para no ser ahorcado : es hilandero de seda, y se llama Tramallino. ¿ Le conocéis ?

Á Lucía, que sentada estaba bordando un pañuelo, se le



Á Lucía sentada se le cayó la labor de las manos.

cayó la labor de las manos, y se inmutó en términos, que la demandadera á estar más cerca lo hubiera advertido, pero se hallaba á la puerta con Ines, que, aunque turbada, no tanto que no pudiera contenerse, y esforzándose por no ma-

nifestar su turbacion, dijo que en un pueblo pequeño todos se conocian, y que efectivamente ella conocia á Tramallino ; pero dudaba que hubiese tomado parte en una cosa de aquella naturaleza, porque era un mozo quieto y honrado. Preguntó luego si era cierto que se hubiese escapado, y si se sabía adónde.

— Que se escapó, lo dicen todos ; pero dónde no se sabe, y todavía puede ser que le atrapen : tambien puede estar ya fuera del país ; mas como caiga vuestro mozo honrado y quieto...

Por fortuna llamaron á la demandadera, que se marchó sin concluir la frase ; pero figúrese el lector cómo quedarían la madre y la hija. Muchos dias estuvieron la pobre mujer y la desolada muchacha fatigando su imaginacion en semejante incertidumbre, discurrendo acerca de las causas, modo y consecuencias de tan deplorable acontecimiento, y comentando cada una para sí ó juntas en voz baja, cuando podian, aquellas terribles palabras.

Un juéves, por fin, llegó al convento un hombre preguntando por Ines. Era un pescador de Pescarénico que ordinariamente iba á Milan á vender su pescado, y el buen padre Cristóbal le habia encargado que, pasando por Monza, se llegase al convento, saludase á las dos mujeres en su nombre, les contase lo que sabia de la triste ocurrencia de Lorenzo, y les recomendase la resignacion y la confianza en Dios, que él, aunque indigno religioso, no se olvidaria de ellas en sus oraciones, y mientras encontraba la oportunidad de ayudarles, les daria todas las semanas noticias suyas, por el mismo conducto ú otro semejante. Por lo que toca á Lorenzo, otra noticia positiva no supo dar el pescadero, sino la de las diligencias judiciarias practicadas en su casa, y de las indagaciones que se hicieron para pescarle, añadiendo que todas habian sido inútiles, pues ya se sabia que Lorenzo se habia acogido al territorio de Bergamo.

No es necesario decir que esta seguridad fué un bálsamo prodigioso para el dolor de Lucía ; de allí en adelante sus

lágrimas corrian ménos amargas ; halló más consuelo en los desahogos secretos que tenía con su madre, y en sus oraciones ordinarias mezclaba siempre una nueva accion de gracias al Señor.

Gertrúdis la llamaba á menudo á su locutorio privado, y conversaba á veces largamente con ella, agradándole sobre manera la ingenuidad y dulzura de aquella pobrecilla, y el oír á cada instante cómo le daba gracias y la bendecia. Tambien le referia Gertrúdis en confianza parte (esto es, lo más limpio) de su historia, y de lo que habia padecido para ir á continuar allí sus padecimientos; y con esto aquella primera extrañeza recelosa de Lucía ya se iba convirtiendo en compasion, porque hallaba en aquella historia razones más que suficientes para explicar lo que encontraba de extraño en los modales de su bienhechora : y á esto contribuía no poco la doctrina de Ines acerca de la extravagancia propia de los señores : sin embargo, aunque se sintiese inclinada á pagar con igual moneda la confianza con que la honraba Gertrúdis, tuvo buen cuidado de no hablarle de sus sobresaltos, de su nueva desgracia, ni de descubrirle quién era para ella aquel hilandero fugitivo, por no aventurarse á propagar unas voces tan penosas y de tanto escándalo.

Evitaba tambien en lo posible contestar á las curiosas preguntas de la monja, relativas á la historia anterior á su promesa de casamiento, y no obraba en esto por razones de prudencia, sino porque á la pobre inocente le parecia aquella historia más espinosa y más difícil de contar que todas las que habia oido y pensaba oír á la señora. En estas se trataba de opresion, de intrigas, de sufrimientos, y otras cosas que, aunque feas y tristes, se podian nombrar, al paso que en la suya se mezclaba cierto afecto. cierta palabra que, hablando de sí misma, no podia proferir sin mucha repugnancia, y á la que jamas encontraba una perifrasis que sustituir que no le pareciese ruborosa, y esta era *¡ el amor !*

Gertrúdis á veces llegaba á punto de incomodarse al ver semejante reticencia ; pero se lo impedian la sencillez, el res-

peto y las expresiones de gratitud con que Lucía la acompañaba. Por otra razon le disgustaba tambien á veces aquel pudor tan atractivo y tan amable, aunque amortiguaba su disgusto el delicado pensamiento de que aquella jóven era una desvalida á quien hacía bien. Y era verdad, porque además del asilo, las conferencias con Gertrúdis, y la familiaridad con que esta la trataba, le servian de mucho consuelo. Otro hallaba en trabajar continuamente, por lo cual siempre pedia que le diesen algo que hacer. Al mismo locutorio nunca dejaba de llevar alguna labor para tener las manos en continuo ejercicio ; pero como los pensamientos tristes se introducen por todas partes, mientras Lucía trabajaba á la aguja, oficio al cual estaba poco acostumbrada, se le ofrecia continuamente á la memoria su devanadera, y tras de la devanadera, ¿ qué de otras cosas !

El juéves siguiente volió el mismo mensajero ú otro con los saludos del padre Cristóbal, nuevos consejos, animando á las dos mujeres, y la confirmacion de la fuga de Lorenzo, pero sin noticias positivas del motivo de su desgracia, porque como el capuchino las aguardaba del de Milan á quien le habia recomendado, este contestó : que no habia visto ni carta, ni persona alguna ; y que aunque supo que un individuo habia ido á buscarle estando fuera del convento, no habia vuelto á parecer.

El tercer juéves no hubo noticia alguna, lo que no sólo privó á aquellas desgraciadas mujeres de un consuelo esperado con ansia, sino que fué para ellas, como sucede por cualquier pequeño accidente á personas afligidas y apuradas, un motivo de inquietud y de tristísimas conjeturas. Ya habia tenido Ines la idea de hacer una escapada á su casa, y la novedad de no parecer el mensajero la determinó á ello. Sentia Lucía tener que separarse de las faldas de su madre ; pero venciendo su repugnancia el afan de saber algo de cierto, y la seguridad que encontraba en aquel sitio, convinieron entre las dos que Ines iria al dia siguiente á aguardar en el camino al pescador que debia pasar por allí regresando á Milan, y le

pediria por favor que la admitiese en su carro para conducirla á la sierra.

Encontróle con efecto, y le preguntó si el padre Cristóbal le habia dado alguna razon para ellas, á lo que contestó el pescador que, habiendo estado todo el dia ántes de su salida ocupado en pescar, no habia tenido encargo ni noticia alguna del capuchino. Pidióle la mujer el favor indicado, el que otorgó gustoso el buen hombre; con lo cual se despidió Ines no sin las lágrimas de su hija y de la señora, y ofreciéndoles que les enviaria noticias suyas y volveria presto, se puso en camino.

No hubo novedad en el viaje. Pasaron la noche en una posada del camino, como acostumbraba el pescador; ántes de amanecer continuaron su viaje, y llegaron á Pescarénico muy temprano. Apeóse Ines en la plazuela del convento, se despidió del buen hombre con muchos « Dios os lo pague », y ya que se hallaba en aquel paraje, quiso ántes de ir á su casa ver á su bienhechor. Tiró de la campanilla, y quien le abrió la puerta fué fray Bernardino, el de las nueces, quien al verla, le dijo:

— ¡Hola, amiga! ¿qué buen viento trae á usted por acá?

— Vengo á ver á fray Cristóbal.

— ¿Al padre Cristóbal? No está.

— ¿Tardará mucho en volver?

— ¡Quién sabe! — dijo el fraile encogiéndose de hombros.

— ¿Dónde ha ido?

— Á Rimini.

— ¿Dónde?

— Á Rimini.

— ¿Dónde está ese pueblo?

— ¡Uh, uh! — contestó el fraile, cortando con la mano el aire como para indicar mucha distancia.

— ¡Válgame Dios! ¿Y cómo se ha ido tan de repente?

— Porque así lo ha dispuesto el padre Provincial.

contradice jamas, hasta el punto de que Don Abundo sabedor de la proteccion que el *Ignominato* dispensaba á Lucía, todavía aconseje á Lorenzo que sería mejor que fuera á casarse á Bérghamo, y sólo cuando sabe que D. Rodrigo ha muerto, es cuando se brinda á casarlos y lo verifica con el mayor placer.

Y hasta en los tipos que incidentalmente bosqueja, como es el Don Ferrante, en cuatro pinceladas, crea un tipo. Aquel sabio de profesion y Don Quijote de la ortografía Don Ferrante es delo más cómico que darse puede, y tal nos le figuramos, que le juzgamos capaz de corregir una epístola que su esposa hubiera podido dirigir á un amante, seguro de que peor efecto le hubiera hecho la falta de ortografía que hubiera encontrado en el escrito que la de la fe jurada.

Elogiar cuanto en el libro lo merece, nos llevaria á escribir otro libro, y como adivinamos la impaciencia del lector, que deseara juzgar por sí mismo, vamos á terminar nuestra tarea.

Un libro de la importancia de « *Los Novios* » tiene que encerrar una profunda enseñanza. ¿Cuál es esta?

El autor nos lo dice por boca de los protagonistas. Contando Lorenzo el resultado práctico que ha obtenido de sus desgracias, dice: « *He aprendido á no meterme en embrollos, á no ser orador de plazuela, á no beber más de lo necesario, á no estar agarrado á la aldaba de una puerta y otras mil cosas....* »

Á lo cual contesta Lucía, encarnacion sublime de la sencillez, el despejo natural y el sentido comun. « *Yo no fuí á buscar los trabajos sino que ellos vinieron á buscarme á mí...* »

¿Qué debemos deducir de ambas conclusiones contradictorias?

Lo que tan profundamente deduce el autor diciendo « que los trabajos muchas veces vienen porque uno » se los busca; pero que sin embargo no basta la conducta más arreglada é inocente para evitarlos; y que » de *todos modos* vengan por culpa propia ó sin ella, la » confianza en Dios y la resignacion los mitiga y hace » que sean útiles para mejorar la vida. »

Hé aquí la síntesis del pensamiento de Manzoni al escribir « *I promessi sposi* ». y ¡ Dichosa la nacion que premia en vida y honra despues de su muerte á sus hijos esclarecidos!

Arráncanos esta dolorosa reflexion la lectura de un periódico que llega á nuestras manos en el que leemos el siguiente TELÉGRAMA :

MILAN, 23 DE MAYO.

« El Príncipe Tomás Duque de Génova y la Princesa » Isabel de Babiera, su nueva esposa, llegaron ayer tarde » para representar al Rey Humberto y la Reina Margarita en la ceremonia de la inauguracion de la estatua » de MANZONI. Ayer mañana se procedió á la traslacion » de las cenizas del autor de « *I promessi sposi* » desde la » tumba provisional á la tumba definitiva. La ceremonia » tuvo lugar á las tres de la tarde. La estatua, de bronce, » es obra del escultor BARGOGLI y de un parecido sorprendente. El poeta está de pié en actitud meditativa. » bunda. Por la noche, en el teatro de La Scala, ciento » treinta profesores, y trescientos coristas ejecutaron la » misa de Requiem de VERDI, escrita hace diez años á » la muerte de MANZONI, y despues una cantata letra de » GHISLANZONI y música de PONCHIELLI. Ambas producciones han obtenido éxito extraordinario. »

Diez años despues de su muerte acaecida á una edad avanzada, la patria reconocida elevaba en Milan una estatua á Manzoni cuyas cenizas habia cuidadosamente custodiado.

¡ El autor del Quijote italiano, ha sido más afortunado que nuestro inmortal Cervántes cuyos restos mortales no estamos seguros de poseer!

¡ Triste es en verdad, como dice ARIBAU en su viãa del Príncipe de los Ingenios, haber de confesar que si nos presentaran un cráneo diciéndonos *aquí pensó Miguel de Cervántes Saavedra...* sería dudoso y desconfiado nuestro profundo acatamiento!

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA

FIN DEL PRÓLOGO.





